

P.

puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 708, OCTUBRE 2024

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Individuación y religión: fuentes de seguridad en entornos de riesgo y peligro

Un análisis de la Encuesta CEP 92

ALDO MASCAREÑO

C22, Aprender de Chile con métodos digitales
<https://c22cepchile.cl/>



RESUMEN

- La experiencia de la vida moderna está siempre cruzada por el manejo de la incertidumbre frente a riesgos y peligros. En la sociedad chilena actual, estos riesgos y peligros se expresan en alta preocupación por la delincuencia, el narcotráfico, las pensiones, la educación y la salud. Una baja confianza institucional revela que las instituciones sociales no aportan las suficientes cuotas de seguridad para reforzar la materialización de los planes de vida individuales y grupales.
- Mediante datos de la Encuesta CEP 92 (agosto-septiembre 2024) en este artículo argumento que cuando los recursos de motivación para desplegar tales planes de vida son débilmente aportados por las instituciones sociales, los individuos se apoyan en el proceso de individuación en círculos de intimidad y en recursos religiosos para sostener esa motivación, generar sociabilidad interpersonal y proyectar horizontes de futuro.
- Los resultados muestran una alta satisfacción con la vida en círculos íntimos que provee motivación para volver a intentar materializar los planes de vida individuales o grupales a pesar de las decepciones que se enfrentan en la relación social; y muestran también un uso generalizado de la creencia religiosa para procesar la incertidumbre del futuro y orientarse a relaciones interpersonales más allá de círculos íntimos.
- El artículo concluye que los individuos no entran en estado de quietud, retraimiento o aislamiento cuando las instituciones generan decepción, pero a la vez, esas instituciones no pueden descansar en las capacidades de resiliencia individual para eludir sus propias responsabilidades de inclusión y seguridad.


Palabras clave: individuación, religión, seguridad, riesgo, peligro, incertidumbre, motivación, futuro, Encuesta CEP

ALDO MASCAREÑO es investigador senior del Centro de Estudios Públicos. Email: amascareno@cepchile.cl.

Agradezco a Sebastián Izquierdo, Leonidas Montes y Sebastián Soto sus comentarios a una versión previa de este artículo.

La reciente Encuesta CEP 92 (2024), realizada entre agosto y septiembre de 2024, muestra interesantes datos acerca de las estrategias con las cuales los chilenos enfrentan las inseguridades y riesgos que actualmente les toca vivir. La experiencia de habitar en sociedades complejas modernas es siempre agobiante. La alta diferenciación estructural y valórica, así como la aparición de acontecimientos inesperados que advienen en cualquier momento, desde un atochamiento de tránsito que impide llegar a tiempo al trabajo o un asalto que puede marcar el futuro personal, incrementa la sensación de inseguridad y pérdida de control.

Frente a esta experiencia de complejidad, incertidumbre y riesgo, los individuos no permanecen en estado de quietud, retraimiento o aislación (Mascareño 2024a). Más bien forman espacios de sociabilidad que aporten seguridad, real o imaginada, para equilibrar las incertidumbres que se experimentan de manera cotidiana y que les impiden obtener una visión de futuro relativamente clara. Mi hipótesis en este artículo es que los chilenos encuentran esas fuentes de seguridad en la individuación en círculos íntimos y en la religión.



Mi hipótesis en este artículo es que los chilenos encuentran sus fuentes de seguridad en la individuación en círculos íntimos y en la religión.

La individuación es un proceso fundamental de las sociedades modernas (Simmel 1971; Elias 2001). Por medio de él, las personas desarrollan capacidades de decisión autónoma respecto de las acciones que despliegan sus planes de vida. La individuación consiste en una diferenciación de la persona respecto de las atribuciones de conducta que una época hace sobre ella. Los roles tradicionales de género, por ejemplo, no se han transformado por efecto de ‘elites bienpensantes’, sino porque individuos (hombres y mujeres) han actuado de maneras distintas a las prescritas en su rol social tradicional. La población indígena joven se desprendió de su patrón cultural y buscó realizar sus planes de vida a través de estudios, profesiones y vida urbana, no necesariamente en el trabajo de la tierra. Tampoco la opción política o religiosa de los padres es definitiva de las trayectorias que deben seguir los hijos en tales dimensiones. Igualmente, la clase social no prescribe una forma única de conducta o pensamiento para cada estrato: el proletariado también consumía y aspiraba a elevar su estándar de vida por medio de educación y trabajo. Individuación es, por tanto, diferenciación de planes de vida para la persona y su círculo íntimo.

En tal sentido, individuación no es individualismo, egoísmo o asocialidad. El contexto social de la individuación son los círculos íntimos, la familia y los cercanos, a quienes importa la individualidad de los próximos. A estos círculos íntimos, los planes de vida de cada uno de sus miembros importan

no porque se trate de ‘ciudadanos iguales’, o porque sean ‘sujetos de derecho’. Por supuesto estas consideraciones pueden tener lugar, pero son secundarias entre quienes primariamente los une un lazo de amistad o un vínculo emocional. Ellos importan porque se trata de individuos específicos: hijos, padres, familiares, amigos. En esos contextos se obtiene apoyo y confirmación para los planes de vida individuales o grupales, y esa confirmación otorga un sentido de seguridad que no se obtiene en otros contextos. Se puede recibir un buen sueldo, reconocimiento por el rendimiento en el trabajo, pero el foco ahí no es en principio *la persona*, sino el trabajo. En los círculos íntimos en cambio, lo que importa es la persona. Esa es una fuente de seguridad fundamental para insistir en el plan de vida a pesar de las decepciones e inseguridades que se enfrentan en otros espacios de la sociedad.

La religión por su parte ha sido desde siempre un campo en el cual los individuos pueden experimentar la trascendencia de la existencia frente a la inmanencia de la vida (Luhmann 2023). La inmanencia de la vida sugiere que lo que pasa en el mundo es autocontenido y mantiene sus propias reglas, pero esas reglas pueden cambiar para bien o para mal por causas que se encuentran en el mundo mismo. Ellas son complejas de rastrear e imposibles de controlar desde la perspectiva de las personas. La religión, o más precisamente la creencia religiosa, indica sin embargo que la experiencia cotidiana del mundo no es lo único existente, sino que hay algo ‘más allá’ del mundo físico material, de sus riesgos e incertezas, que se denomina trascendencia: una realidad superior o un ser superior cuya presencia no está sometida a las reglas del mundo, y en el que la seguridad final de la vida puede encontrar apoyo.

Individuación no es individualismo, egoísmo o asocialidad. El contexto social de la individuación son los círculos íntimos, la familia y los cercanos, a quienes importa la individualidad de los próximos.

En tal sentido, más que ser una ‘perdedora’ del proceso de secularización y modernización, la religión mantiene elementos que le otorgan una posición central en ella: ofrece seguridad en un futuro trascendente que, en el mundo, se transforma en confianza en los propios medios para la realización de los planes de vida y también en reconstrucción de vínculos de confianza interpersonal. De ello se obtiene una capacidad de resiliencia para enfrentar las decepciones en relación con instituciones sociales y los riesgos y peligros cotidianos.

En base a datos de la última Encuesta CEP 92 (2024) y a una interpretación sociológica de ellos, en este artículo argumento que los riesgos, peligros e inseguridades que actualmente enfrentan los chilenos en materias de seguridad pública, desconfianza en las instituciones, e indiferencia hacia el funcionamiento del sistema político, los conducen a buscar fuentes de seguridad personal para la

confirmación de sus planes de vida. Puesto que aquellas instituciones no ofrecen niveles de seguridad esperables, los recursos para procesar la inseguridad se encuentran en los procesos de individuación en entornos íntimos y en la religión. Ambas dimensiones ofrecen a las personas fuentes de motivación para continuar con el esfuerzo de materializar los planes de vida individuales o grupales, a pesar de los riesgos, peligros e incertezas que caracterizan a la sociedad chilena actual y de las decepciones que ello produce.

Para desplegar este argumento, parto por la revisión de algunos datos que muestran los riesgos y peligros que enfrentan los individuos en su vida cotidiana. Continúo observando cómo la individuación en espacios íntimos se transforma en fuente de seguridad para reforzar la motivación individual, para luego analizar la forma en que la creencia religiosa construye una proyección de seguridad hacia futuro que contrasta con la inseguridad y decepción que actualmente ofrecen las instituciones sociales. El artículo cierra con algunas conclusiones derivadas de los análisis.

1.

LA EXPERIENCIA DE LOS RIESGOS Y PELIGROS

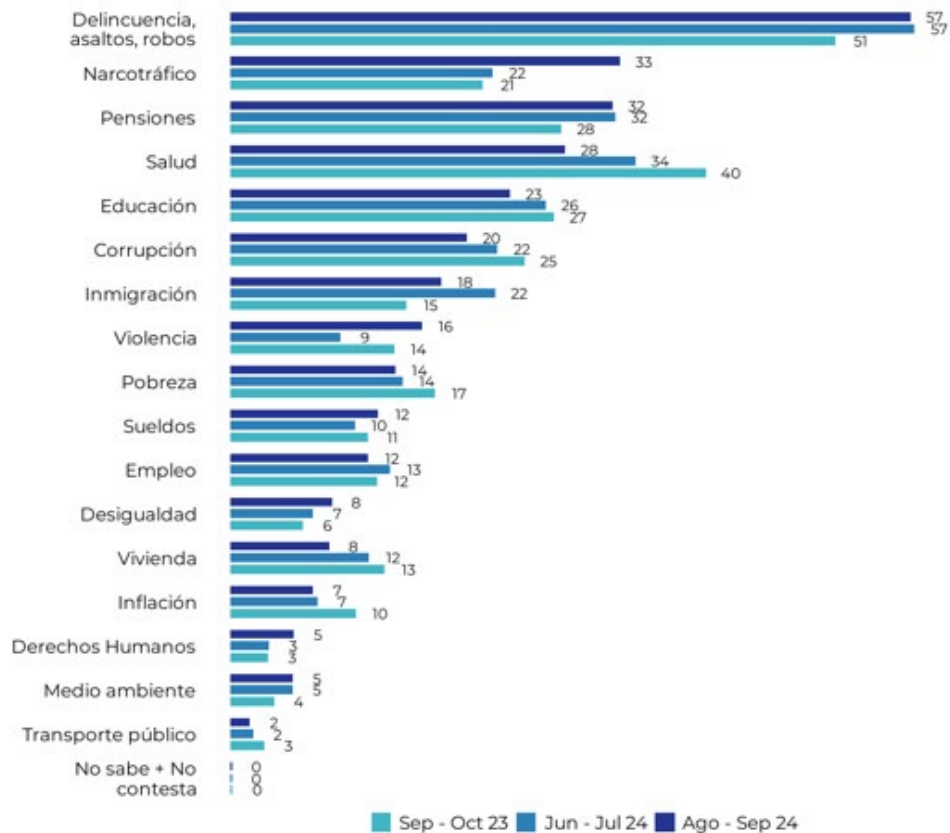
La experiencia de riesgo es inmanente a cualquier persona en la sociedad moderna (Luhmann 2003). El riesgo aparece cada vez que hay que tomar una decisión. Se puede decidir ir en bicicleta al trabajo o al lugar de estudio y arriesgar la conducción inatenta de los automovilistas. Se decide matricular a los hijos en un colegio sabiendo que hay otras alternativas cuyos resultados podrían ser mejores en el futuro. Se puede postular a un trabajo de mejor salario y arriesgar climas laborales desconocidos u hostiles que producen más *stress* que el que actualmente se tenía. Los riesgos son inevitables en tanto se decida. Y no decidir implica también el riesgo de no probar nuevos modos, eventualmente mejores, para concretizar los planes de vida. El riesgo, en último término, es el futuro: no se sabe qué sucederá siguiendo uno u otro camino. Se requiere *especular* para decidir, esto es, imaginar cómo será el futuro con uno u otro camino (Komporezos-Athanasίου 2022). Esto no se puede ‘calcular’, precisamente porque entre el futuro y el presente media la complejidad, contingencia y las incertezas de la sociedad.

El *lado b* del riesgo es el peligro. Puesto que todos se ven enfrentados a la presión de decisión, de optar constantemente por alternativas, las consecuencias de las decisiones de otros nos pueden afectar sin que nosotros hayamos tenido participación en ellas. La conducta riesgosa de los demás es siempre un problema. Para controlar los efectos de esa conducta riesgosa, el derecho ofrece un marco de reglas a las que se puede apelar en caso de que otros nos pongan en peligro. Sin embargo, cuando la conducta riesgosa de los demás trasgrede el derecho o las regulaciones establecidas, el peligro para los individuos

es inminente. Cuando ese peligro se materializa, se transforma en un daño, muchas veces irreparable, como la pérdida de la vida; otras veces en un daño difícil de recuperar o con consecuencias permanentes, como una negligencia médica o un año sin clases escolares; y otras se convierte en un daño a las bases de la confianza social, como actualmente sucede con la política y buena parte de las instituciones. A esto no se le puede denominar ‘malestar’; ello sería subvalorar la magnitud del problema. Se trata de daños a las personas y sus proyectos de vida producidos por la conducta riesgosa de otros —y de distintas instituciones— luego transformada en peligros para uno.

La Encuesta CEP 92 (2024) muestra diversos datos en los que se puede apreciar cómo las personas experimentan estos riesgos y peligros.

FIGURA 1. Principales problemas a los que debiera dedicar mayor esfuerzo en solucionar el gobierno



Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

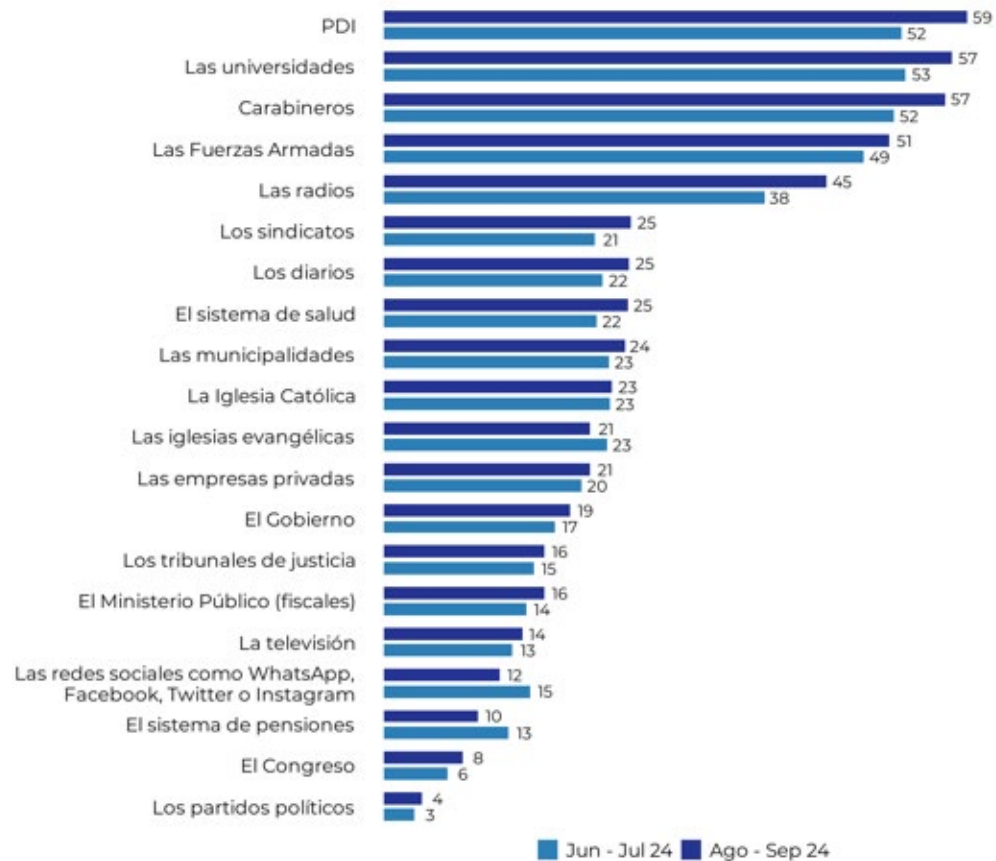
Como muestra la Figura 1, la delincuencia, asaltos y robos han sido una constante preocupación de la sociedad chilena al menos desde hace una década, con la excepción de un corto período durante el estallido y la pandemia. Lo llamativo ahora es que, por primera vez en la historia de las mediciones, el narcotráfico aparece en segundo lugar de esas preocupaciones. A esto hay que sumar el aumento significativo de la violencia (de 9% a 16% entre las últimas mediciones). La delincuencia, el narcotráfico y la violencia revelan una experiencia del peligro que constantemente experimenta la población en su vida cotidiana. Se trata de un peligro porque adviene sin aviso; no es producto de una decisión propia y su concreción provoca daños materiales, pero sobre todo daños incalculables en el bienestar psíquico, físico y social de las personas. Esta es la más fuerte experiencia de incertidumbre e inseguridad que experimenta la población en la sociedad chilena actual; no únicamente por la eventualidad de lo que acontece, sino también por la inseguridad en el futuro que cualquier daño de este tipo provoca en la proyección de la vida propia (Rozas et al. 2024).

Otra fuente de riesgos, peligros y daños son las pensiones, la salud y la educación. Después de la delincuencia y el narcotráfico, estos son los problemas que aparecen sucesivamente. Las pensiones y la educación son clásicamente preocupaciones por la inseguridad del futuro: la mantención del estilo de vida en la tercera edad y la posibilidad de una mejor inclusión social futura a través de la educación; la salud, en tanto, es fundamentalmente una preocupación por un eventual presente próximo: una enfermedad, un procedimiento complejo, un accidente. En tales casos, se espera que el sistema de salud que responda de manera rápida y eficaz. Su designación como problema por parte de la población indica que esta expectativa no se cumple cabalmente. A esto hay que sumar la corrupción, cuya percepción como problema ha disminuido en el último año, pero se sitúa en sexto lugar después de la educación. La corrupción es también una fuente de peligro en tanto distribuye posibilidades de inclusión (dinero, cargos, beneficios, posiciones) de manera oculta a la observación pública, lo que elimina de manera inadvertida posibilidades de inclusión por méritos y esfuerzo (Mascareño 2011).

Lo que estos problemas muestran es que las personas experimentan cotidianamente una alta incertidumbre sobre la vida y el cuerpo (delincuencia, violencia, narcotráfico) y sobre sus perspectivas de inclusión social (pensiones, educación, salud, corrupción).

Es decir, lo que estos problemas muestran es que las personas experimentan cotidianamente una alta incertidumbre sobre la vida y el cuerpo (delincuencia, violencia, narcotráfico) y sobre sus perspectivas de inclusión social (pensiones, educación, salud, corrupción). Con ello, se reducen drásticamente los puntos de anclaje para la realización de los planes de vida, pues las instituciones no logran confirmar las expectativas, no motivan la producción de confianza.

FIGURA 2. Confianza en instituciones



Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

De manera consecuente con los riesgos y peligros expresados en la Figura 1, la Figura 2 muestra que la más alta confianza institucional está depositada en instituciones armadas: la PDI, Carabineros y las Fuerzas Armadas. La confianza en estas instituciones —las que sin excepción han experimentado escándalos de corrupción en los últimos años— muestra una expectativa de control de la delincuencia, el narcotráfico y la violencia más que un diagnóstico de su buen funcionamiento. Asimismo, el segundo lugar que ocupan las universidades indica que la expectativa de educación superior es un mecanismo de inclusión social relevante, principalmente para estratos bajos y medios. Por otro lado, mientras que la confianza en el sistema de salud se encuentra en una posición intermedia, la confianza en el sistema de pensiones es de las más bajas de la medición, solo el Congreso y los partidos políticos se encuentran más abajo.

Sin embargo, lo que con mayor dramatismo evidencia la incertidumbre y falta de anclajes que provean una relativa seguridad a los individuos es la baja confianza en los tribunales de justicia y en el Ministerio Público (ambos con 16%). En este contexto, el peligro de la delincuencia, el narcotráfico y la

violencia se une, para las personas, al peligro de las decisiones del sistema jurídico, justamente el encargado de ofrecer restauración de las expectativas normativas quebrantadas producto de la delincuencia y la violencia (Luhmann 2005). La función del sistema jurídico en sociedades modernas consiste en reparar la confianza en que las leyes y normativas que la sociedad se ha dado a sí mismas se seguirán cumpliendo en el futuro, aun cuando algunos individuos las hayan quebrantado. Si la confianza en este sistema es baja, entonces se debilita la percepción de cumplimiento de esa función. Es decir, el principal sistema social que puede ofrecer algún nivel de seguridad en el manejo del riesgo del futuro, lo hace a medias en la percepción de las personas. Esta es una de las motivaciones que mueve a los individuos a buscar fuentes de seguridad en espacios trascendentes como la religión.

A estas consideraciones hay que sumar la percepción de un país estancado económicamente (55%) o en decadencia (29%), con solo un 15% que piensa que el país progresa. Adicionalmente, un 58% asume que la situación política es mala o muy mala (32% opina que no es ni buena ni mala) y solo un 7% que es buena o muy buena. Producto de la alta valoración de la delincuencia como problema, un 73% opta por el orden público y la seguridad antes que por las libertades públicas y privadas (9%), y de manera consecuente con los principales problemas que experimenta la población, los temas que las personas actualmente identifican como prioritarios en la labor de los municipios son el combate contra la delincuencia (69%), el funcionamiento de los consultorios (46%), la educación comunal (43%) y el control de la corrupción (34%).

La sociedad para los chilenos ha aumentado sus fuentes de riesgo y peligro, y las instituciones encargadas de ofrecer seguridad frente a esos riesgos y peligros a lo más ofrecen una expectativa de control presente, pero no una proyección de futuro.

En síntesis, la sociedad para los chilenos ha aumentado sus fuentes de riesgo y peligro, y las instituciones encargadas de ofrecer seguridad frente a esos riesgos y peligros —asociados con la vida y la inclusión social y económica— a lo más ofrecen una expectativa de control presente (PDI, Carabineros, Fuerzas Armadas, universidades), pero no una proyección de futuro (tribunales, Ministerio Público, sistema de salud, pensiones, educación, política). Presente y futuro se transforman, entonces, en una fuente de alta inseguridad respecto de la materialización de los planes de vida individuales o grupales; las personas difícilmente encuentran confirmación y motivación en tales instituciones para implementar, persistir y concretar esos planes de vida. Pero, puesto que se trata de la vida de cada uno y de los cercanos, los individuos no renuncian a esos planes, por lo que buscan encontrar la motivación y confirmación para ellos en otros espacios. Estos espacios son el proceso de individuación en círculos íntimos y la creencia religiosa.

2.

LA INDIVIDUACIÓN COMO FUENTE DE MOTIVACIÓN

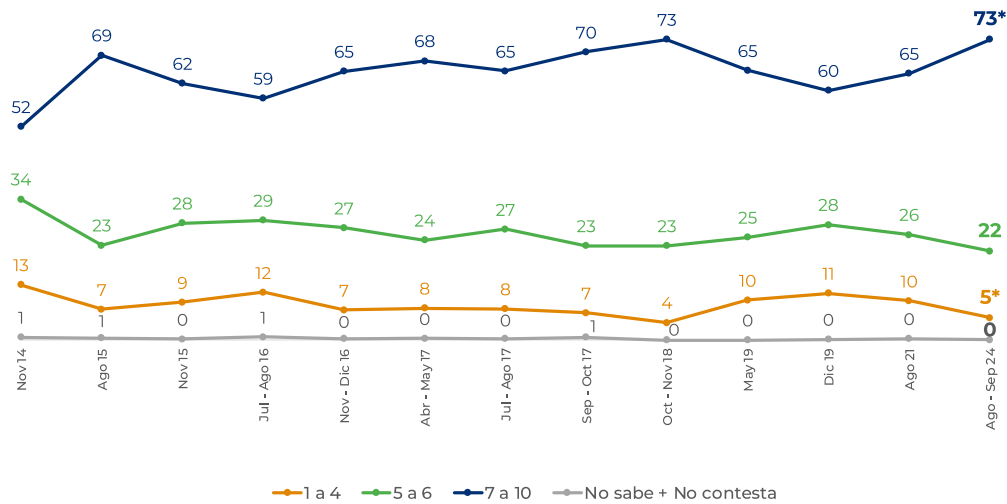
Como lo he avanzado, la individuación es el proceso social por medio del cual los individuos adquieren capacidades autónomas de decisión sobre sus opciones y planes de vida (Simmel 1971; Araujo y Martuccelli 2020). Con ello se diferencian de macroestructuras sociales a las cuales están adscritos. Se puede trabajar en una organización pública, pero no ser afín al gobierno; estudiar en un colegio religioso o una universidad pontificia, pero ser agnóstico; votar por un candidato y después criticarlo por incompetente. Paralelamente, la misma sociedad ofrece mecanismos para fomentar esa individuación: el voto democrático es personal; el Estado asigna un carné para confirmar la identidad y un pasaporte para confirmarla en otros Estados; la creencia religiosa no viene adscrita por nacimiento, tampoco la orientación de género; las cuentas bancarias son individuales, y si hay suficiente cariño podrían ser bipersonales; los medios construyen espacios de opinión de personas para discutir acerca de la contingencia social, y en las redes sociales cada uno puede construir su avatar como símbolo de sí mismo y decir lo que se le antoje anónimamente. Los individuos emplean estos espacios institucionales de individuación para formar su personalidad social y presentarse en sociedad paradójicamente como ‘únicos’ de modos similares.

La individuación no es un desacoplamiento de la sociedad ni un desinterés por ella. Es un proceso fundamental para el funcionamiento de las sociedades modernas. Si no hubiera individuación, la comunicación social sería una letanía de reiteraciones sin capacidad de innovación ni de sorpresa. La vida en sociedad tendría una versión, o unas pocas versiones, como acontece en sistemas totalitarios o represivos. En tal sentido, individuación no debe confundirse con individualismo, esa creencia egocéntrica en la infalibilidad de la propia visión de mundo que afecta hoy a personajes políticos, mediáticos, deportistas, líderes de movimientos sociales y académicos demasiado comprometidos. Egoísmo lo llamaba Adam Smith para diferenciarlo del interés propio que siempre tiene en cuenta el interés propio de los demás para orientarse de manera interdependiente en un mundo con división del trabajo y diferenciación (Montes 2024).

En tal sentido, la individuación no es el *mal último* que afecta a Chile en tanto impediría la construcción de un ‘proyecto común’ (PNUD 2024). Esta aspiración escatológica del proyecto común identifica primariamente como patología la diferenciación y complejidad de la sociedad, y a la vez tiene que negarla para disolverla en un colectivismo guiado por movimientos sociales cada día más fragmentados (Mascareño 2024b). Es cierto, en todo caso, que la desconfianza en instituciones sociales, en la política y la alta percepción de delincuencia, afectan el vínculo con instituciones y provocan falta de motivación hacia ellas, con consecuentes déficits de legitimación. Pero, justamente porque se trata de sus propios planes de vida, los individuos no renuncian a ellos, y buscan esa motivación para

sostenerlos y enfrentar las decepciones. El espacio íntimo, donde los proyectos de vida importan a los propios, se ha convertido en una fuente de construcción de seguridad y motivación para continuar con la implementación de esos proyectos. A esto se le denomina ‘satisfacción con la vida’.

FIGURA 3. Satisfacción con la vida



Nota: El gráfico distingue entre los polos 'Totalmente insatisfecho' (1) y 'Totalmente satisfecho' (10)
 Fuente: Encuesta CEP 92 (2024).

Según la Figura 3, un 73% de los chilenos está en un rango alto de satisfacción con su vida, un 22% lo está en un rango medio, y 5% se encuentra insatisfecho. La cifra de satisfacción con la vida es la más alta en la última década (se reitera en 2018), y la de insatisfacción es la segunda más baja en el mismo período (un 4% en 2018). Cuando se tienen en cuenta los riesgos y peligros que hoy enfrentan los chilenos y se los contrasta con esta alta satisfacción en la vida, la conclusión podría ser ‘bipolaridad generalizada’. Para los partidarios del colectivismo esta cifra constituiría una manifestación patológica de la sociedad chilena, una alienación individualista, o un ‘individualismo asocial’ (PNUD 2024). Para una observación sociológica, sin embargo, se trata de la satisfacción de los chilenos con su propio proceso de individuación, de su éxito en construir una percepción de sí mismos de la que pueden sentirse satisfechos, a pesar de las decepciones, los riesgos y peligros a los que la sociedad los confronta todos los días.

La individuación no se construye de manera aislada. Requiere que las personas próximas —quienes están en el círculo íntimo (familia, amigos, cercanos)— puedan confirmar el valor de la individualidad y la legitimidad de su proyecto de vida. En la Encuesta CEP 92, varios datos corroboran la calidad del vínculo interpersonal que se produce en este nivel: 88% de las personas se declara satisfecho o muy satisfecho con la pareja; 93% está satisfecho o muy satisfecho con los hijos. La familia es la principal

fuerza de identidad personal para los chilenos (91%) —una familia que ahora, además de nuclear y extensa, puede ser monoparental, mixta, elegida, unipersonal y con mascotas, según la interpretación de las personas.

Por otro lado, también espacios sociales en los que la individualidad se construye son altamente valorados: un 77% está satisfecho con el lugar donde vive; esta es también la segunda fuente de identidad personal con un 49%; un 75% está satisfecho con su trabajo; esta es la tercera fuente de identidad personal con un 35%. Solo la nacionalidad como tercera fuente de identidad con un 41% escapa al patrón individual y valora una dimensión colectiva. Sin embargo, un 55% indica que el *país* (colectivo) está estancado y un 29% piensa que está en decadencia. Por el contrario, la valoración de la situación económica *personal* (individuo) es distinta: un 31% indica que es buena o muy buena (la cifra más alta de la medición solo reiterada en 2021) y un 52% que no es ni buena ni mala. Solo un 17% la considera mala o muy mala. Estas cifras también mejoran en la proyección a un año. Todo ello se refuerza por principios como el éxito del ‘trabajo duro’ en el largo plazo (61%) o el premio al ‘esfuerzo individual’ (54%), en constante ascenso desde 2019.

Los círculos íntimos, el espacio donde se construye la individualidad y se obtiene la motivación más fundamental para la realización de los planes de vida, es una dimensión que para los chilenos funciona de manera satisfactoria. Todos los datos mencionados convergen en esta conclusión. Esto significa que la existencia de riesgos y peligros en la dimensión social, reconducen a la reproducción de la motivación en círculos íntimos. El riesgo, el peligro y la inseguridad están en el entorno de esos círculos íntimos; ellos pueden afectar la estabilidad de la individuación alcanzada mediante violencia, corrupción o delincuencia, o por efectos de un funcionamiento ineficaz o inoportuno de las instituciones sociales especialmente en pensiones, educación y salud. La individuación en los espacios íntimos es una fuente de seguridades y confirmaciones que las instituciones sociales no ofrecen, o solo ofrecen de manera limitada.

Los círculos íntimos, el espacio donde se construye la individualidad y se obtiene la motivación más fundamental para la realización de los planes de vida, es una dimensión que para los chilenos funciona de manera satisfactoria.

La individuación y la individualidad no son, por tanto, el origen de los males de la sociedad chilena contemporánea; no son ni de cerca representados por la semántica simplista del *homo oeconomicus* racional, instrumental y estratégico. La individuación chilena parece ser tan autónoma y consolidada que incluso puede nutrirse a sí misma a pesar de las decepciones que enfrenta en su vínculo diario con la política y las instituciones sociales. Tampoco requiere de un ‘proyecto colectivo’ para sentirse satisfecha con su espacio íntimo. Por ello, ningún esfuerzo cohesivo debiese realizarse a costa de esta

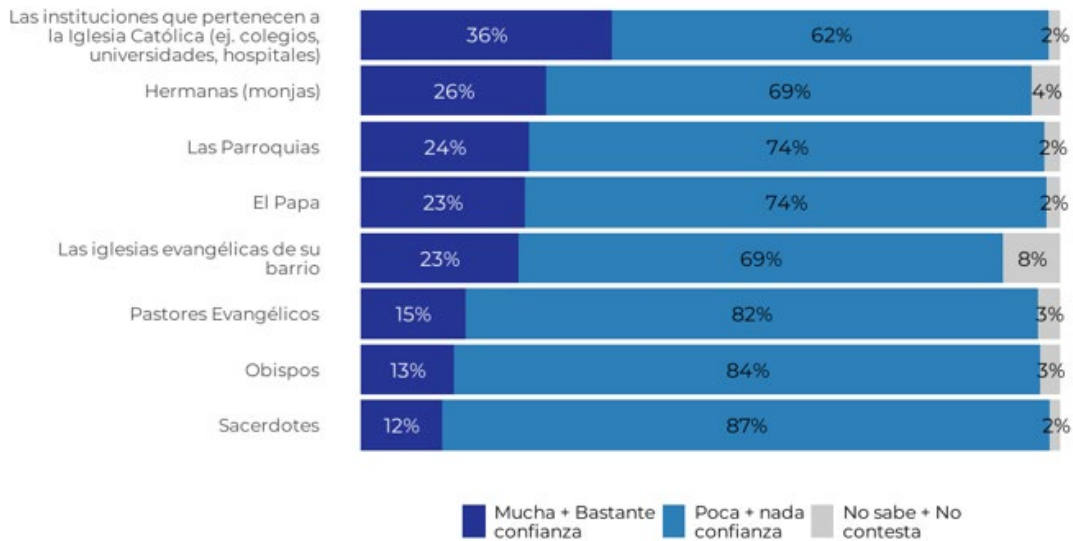
individuación; ningún movimiento social o proyecto político debiese considerar su relación con la individuación como un juego de suma cero, como una barrera que hay que vencer o un obstáculo que hay que disolver para lograr la plenitud colectiva. Atentar contra la individualidad es ir en contra de una de las dos fuentes de seguridad personal y social de las cuales hoy disponen los chilenos. La otra es la religión.

3.

LA RELIGIÓN Y EL MANEJO DE LA INCERTIDUMBRE DEL FUTURO

Según la Encuesta CEP 92 (2024), un 76% de las personas cree en Dios pero, a la vez, un 74% indica que tiene su propia forma de conectarse con Dios, sin iglesias ni servicios religiosos. Incluso la creencia religiosa refuerza las perspectivas de individuación analizadas en la sección anterior. De modo concurrente, la confianza en las instituciones religiosas y actores eclesiásticos es también baja, como lo muestra la figura siguiente.

FIGURA 4. Confianza en instituciones y actores religiosos

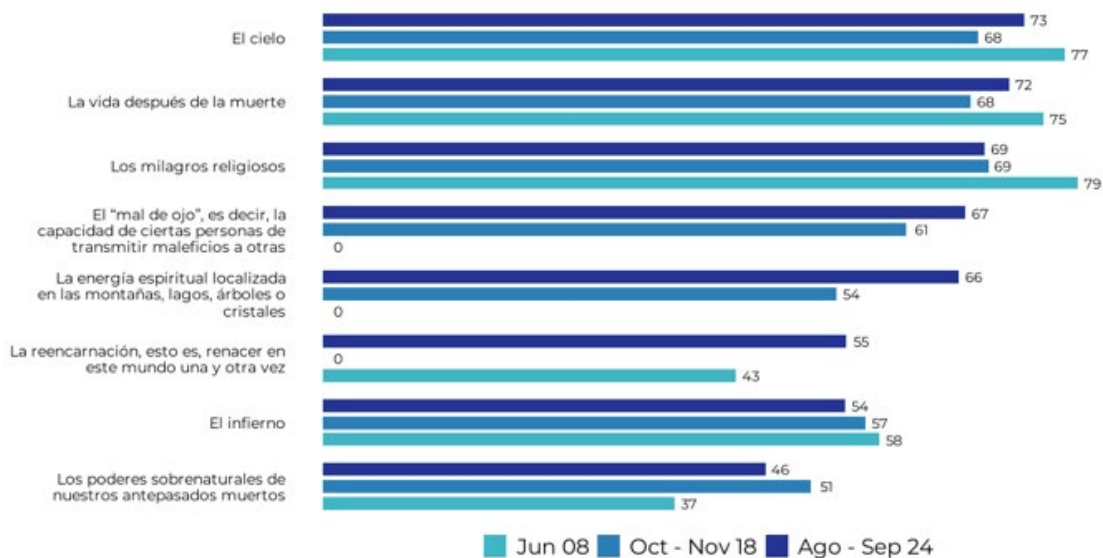


Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

La creencia religiosa no está mediatizada hoy por instituciones ni actores religiosos de forma exclusiva, aun cuando un 48% de las personas se declare de religión católica y un 17% evangélica. Esto es lo que se deriva del alto porcentaje que la opción ‘poca y nada confianza’ tiene en todas las alternativas mues-

tra la Figura 4. Por el contrario, lo que prevalece es el 74% de personas que tiene su ‘propia forma de conectarse con Dios, sin iglesias ni servicios religiosos’, es decir, prevalece la vinculación directa con la trascendencia a través de distintos tipos de espiritualidad, tradicionales o populares, como se aprecia en la Figura 5.

FIGURA 5. Creencias religiosas

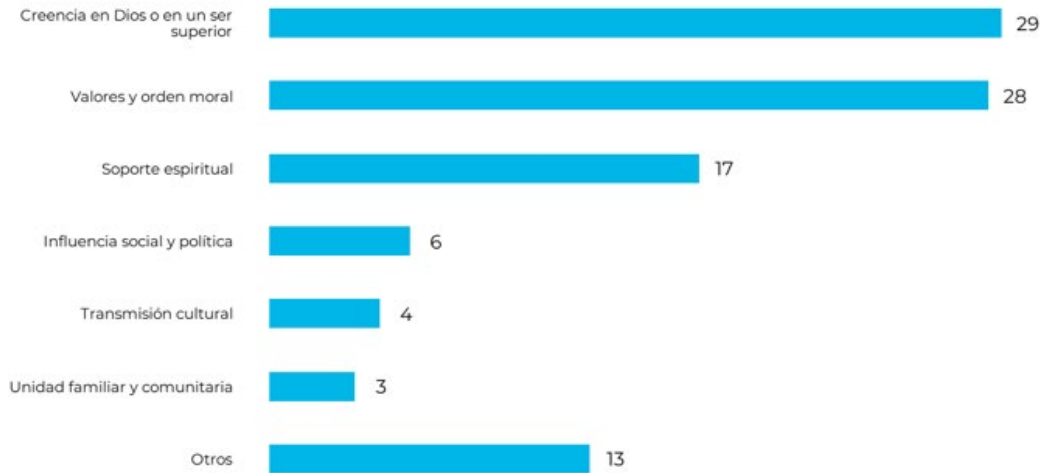


Nota: Porcentaje 'decididamente + probablemente sí' (evolución 2008, 2018, 2024)
Fuente: Encuesta CEP 92 (2024).

La Figura 5 muestra que para todas alternativas los porcentajes son altos, especialmente en cuanto a la creencia en el cielo, la vida después de la muerte, los milagros, el ‘mal de ojo’ y la energía espiritual localizada en montañas, lagos, árboles y cristales. También la creencia en el infierno se alza sobre el 50%.

Nada de esto es trivial cuando se trata de comprender la relación entre inmanencia y trascendencia que hoy experimentan los chilenos, entre el mundo que les toca vivir y la expectativa de un mundo mejor. El cielo y la vida después de la muerte son formas religiosas clásicas de procesar la alta incertidumbre e inseguridad del presente y de su futuro. No es extraño que, en períodos críticos, el futuro aparezca más incierto que en momentos de estabilidad relativa. Como lo muestra la Figura 5, las cifras actuales son similares a la medición de 2008, cuando ya se vivían las consecuencias de crisis financiera de aquel período. En la actualidad, la delincuencia, la violencia, el narcotráfico y la debilidad de las instituciones sociales, nuevamente inyectan alta inseguridad al presente y al futuro, por lo que el giro a la creencia religiosa parece contrarrestar tal inseguridad mediante los recursos que la religión pone a disposición. La Figura 6 expresa esto con claridad.

FIGURA 6. Por qué la religión es importante en la sociedad chilena actual



Nota: Porcentaje 'muy importante + bastante importante' (pregunta abierta codificada, excluye a quienes no contestan). N=669
Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

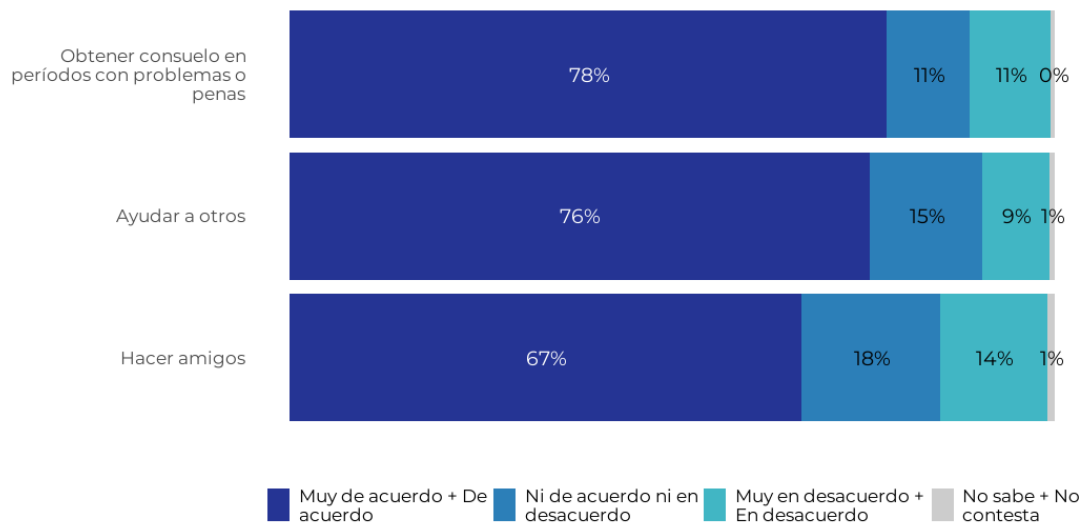
Los recursos que la religión ofrece para suplir la sensación de inseguridad presente y futura son, principalmente, la creencia en Dios o en un ser superior (29%) y constituirse en una fuente identificable de valores y preceptos para el orden social (28%). La creencia en un ser superior (trascendencia) es el principal recurso religioso que motiva la producción de seguridad y capacidad de proyección a futuro en los individuos creyentes. Más allá de lo que acontezca, es decir, más allá de los riesgos y peligros del presente, existe para las personas una racionalidad no sujeta a estas contingencias del mundo que puede ofrecer un horizonte de seguridad. Para ello la religión entrega un repertorio de valores reconocible y considerado legítimo, el que puede ser útil no solo para *hacer sentido del caos* que la sociedad proyecta, sino también para lograr un anclaje que permita enfrentar la pluralidad de conductas y valores en conflicto que se aprecian en la vida cotidiana e incrementar la sociabilidad en ella.

El soporte espiritual (17%), por su parte, es un antídoto posible frente a la decepción con las instituciones sociales, con los entornos de riesgo y peligro que se enfrentan. No es una cura para ellos, sino un rendimiento de la religión (también de los entornos íntimos, incluso de las formulaciones éticas) que se ofrece para apoyar la *inversión de motivación* en los proyectos individuales y grupales de las personas, para no renunciar a ellos cuando las circunstancias son adversas.

Aspectos como la influencia social y política, la transmisión cultural y la unidad familiar y comunitaria tienen menos preponderancia tomados por separado, sin embargo, en conjunto (13%) apuntan a la contribución a la sociabilidad, a la que también los valores y el orden moral aportan. Si bien en el caso de la religión católica, el influjo generacional ha descendido (un 72% fue criado en esa religión y hoy un 48% se declara católico; en el caso de los evangélicos estas cifras permanecen alrededor del 18%), la transmisión cultural permanece. En tal sentido, la creencia religiosa forma motivación para la relación

social, para el establecimiento de vínculos interpersonales en el espacio social. La creencia religiosa aporta entonces en dos dimensiones: la proyección de seguridad en el futuro y la relación interpersonal. Cuando se indaga específicamente en estas dimensiones, las cifras se incrementan notablemente, como lo muestra la Figura 7.

FIGURA 7. Practicar una religión ayuda a las personas a...



Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

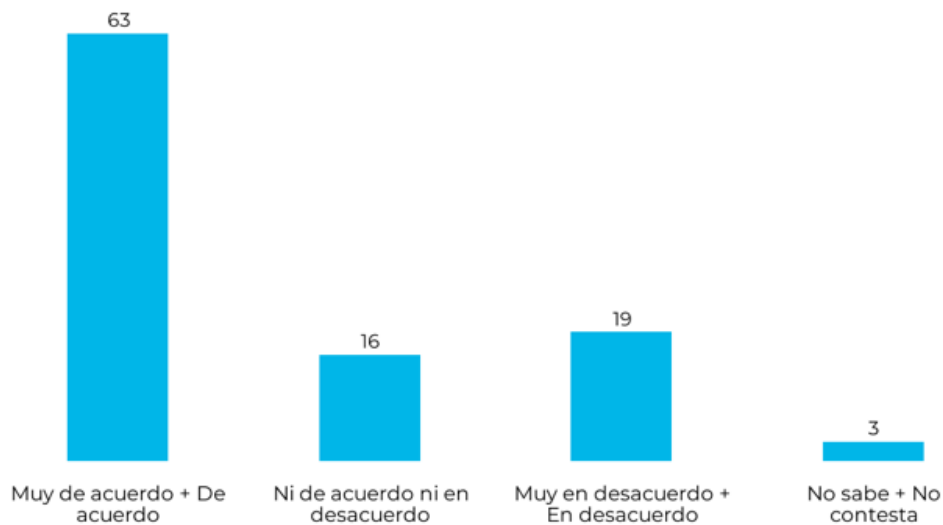
Según la Figura 7, la religión contribuye a obtener consuelo en períodos con problemas o penas (78%); motiva también a ayudar a otros (76%), esto es, a contribuir al manejo de las decepciones de los demás; y abre la posibilidad de hacer amigos (67%), es decir, invita a ampliar los círculos de intimidad del proceso de individuación hacia relaciones interpersonales ampliadas, especialmente en espacios comunitarios. Los encuestados vivencian la religión —los recursos de la religión, no las instituciones o actores religiosos— como un campo de manejo de decepciones individuales y de construcción de sociabilidad más allá de la familia, ahora sin una necesaria participación en el culto y el ritual.

Lo que esto indica es que la sociedad no entiende su sociabilidad solo en cuanto a la realización de proyectos colectivos nacionales, de una cohesión social generalizada que debiera conducir a una unidad de expectativas públicas, a un ‘proyecto de país’. El espacio de creación y recreación de esa sociabilidad está en círculos más restringidos. Son estos los que se transforman en fuente de confirmación de la individualidad, los aportan motivación para la materialización de los proyectos de vida y los que tienen la posibilidad de sustentar relaciones interpersonales sobre bases de confianza (valores, ayuda a otros, solidaridad, amistad). La religión juega un papel en ello justamente porque ofrece recursos para procesar la inseguridad presente (inmanencia) y orientarla hacia una seguridad futura (trascendencia), y porque motiva a expandir las relaciones interpersonales (inmanencia) sobre la base

de valores y normas universalizables (trascendencia). Es un espacio de *resonancia* ante la aceleración e incertidumbre de la vida cotidiana (Rosa 2016), pero no es el único. A esto también contribuye la individuación en entornos íntimos, la expresión artística (desde el grafiti de barrio hasta la exposición en galerías internacionales), la entretención (desde el fútbol a la ópera), el turismo (desde Cartagena a la exploración en Pumalín). La crítica colectivista puede considerar todo ello como *evasión*, pero es justamente esta ‘evasión’ la que hace posible recomponer la motivación y las expectativas de seguridad para volver a intentar materializar los planes de vida en el entorno de riesgos y peligros de la sociedad chilena contemporánea.

Los individuos parecen ser muy conscientes de que esta y no otra es la función de la creencia religiosa actualmente. La figura siguiente muestra los límites del uso de la creencia religiosa en el espacio público.

FIGURA 8. Las razones religiosas son válidas para tomar decisiones públicas, pero deben ser discutidas democráticamente



Fuente. Encuesta CEP 92 (2024).

Para la mayoría de la población (63%), las razones religiosas no deben ser seguidas ciegamente. Son aceptables en la discusión pública, pero tienen que ser siempre sometidas a la discusión democrática. Dicho de otro modo, la religión ofrece recursos a los individuos (manejo de la incertidumbre del futuro, soporte espiritual, consuelo, expansión de círculos de intimidad), pero no ofrece verdades últimas que deban primar en el espacio público. Si se incorporan ahí, tienen que ser reconducidas a la discusión democrática como una perspectiva más entre otras; no bajo la forma de *revelación*, como efectivamente lo puede ser para los creyentes.

Si esto es así, tampoco es aceptable la influencia directa de actores religiosos en el sistema político. Un 75% está de acuerdo o muy de acuerdo en que las autoridades religiosas no deben influir en la forma en que votan las personas, y un 72% rechaza su influencia en las decisiones de gobierno. En otro contexto, hemos denominado a esto una *constelación postsecular* (Le Foulon et al. 2021), es decir, una configuración democrática que no obliga a la religión a retraerse a lo privado, sino que la acepta en el espacio público como una voz que puede aportar, pero cuyos aportes tienen que entregarse a la deliberación democrática.

4.

CONCLUSIONES

En este artículo he argumentado que, ante la inseguridad sobre el presente y el futuro producto de riesgos y peligros derivados de ineficacias institucionales y el incremento de la delincuencia, la individuación en círculos de intimidad y la religión ofrecen recursos para procesar las incertezas. Algunas conclusiones derivan de este análisis.

La seguridad que se construye en círculos íntimos y a través del empleo de elementos religiosos no debe ser entendida como *la solución* a los problemas de la sociedad, sino como una fuente de recursos para recomponer la individualidad y producir motivación. Con ello se forma un trasfondo de seguridad y confirmación para volver a intentar materializar los planes de vida individuales o grupales a pesar de las decepciones que se enfrentan en la relación social. Los individuos reafirman la validez y legitimidad de sus proyectos en la sociabilidad y relación con personas próximas y refuerzan la posibilidad de manejar sus trayectorias de futuro mediante las seguridades que ofrece la religión. Amplían también con ello sus círculos de confianza interpersonal median la ‘ayuda a otros’ o nuevos amigos, lo que contribuye a reforzar su sociabilidad. En otras palabras, refuerzan la resiliencia de sus vidas en un entorno de riesgos y peligros.

La resiliencia, sin embargo, no está exenta de riesgos y no es eterna, como los dogmas de la religión. Resiliencia significa la capacidad de adaptarse a perturbaciones externas manteniendo una relativa integridad en el sistema (Scheffer 2009; Folke 2016). Pero esta capacidad también puede agotarse. El estallido social de 2019 fue, en tal sentido, un quiebre en la resiliencia del sistema en general. Tal quiebre se encausó por medio de decisiones institucionales (el Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución) y finalmente se contuvo por otra situación crítica en marzo de 2020, como fue la pandemia de Covid y las medidas de confinamiento sanitario que ella supuso. La resiliencia es un mecanismo de respuesta adaptativa mientras los problemas generales se procesan y solucionan; no es la alternativa

definitiva para manejar los riesgos y absorber los peligros. Las instituciones políticas y sociales son las encargadas de este procesamiento. Ellas no pueden caer en el autoconvencimiento de que la resiliencia de los individuos es una muestra de su aceptación a la falta de soluciones, intervenciones o reformas. Resiliencia no significa quietud de parte de la población, sino un esfuerzo superior de los individuos por crear fuentes de seguridad y sociabilidad cuando las entidades encargadas de ofrecerla no logran ponerla a disposición a niveles aceptables.

Justamente por ello, la creación de seguridad a través de la individuación en círculos íntimos y la religión, que se muestra en múltiples datos de satisfacción con la vida y de uso de recursos religiosos para el procesamiento de la incertidumbre del futuro, no puede ser subvalorada como evasión, como retraimiento al individualismo, egoísmo o como desinterés por la sociedad. Primero, la reproducción de motivación, seguridad y sociabilidad en círculos íntimos y a través de la religión son también sociedad; y segundo, la creación de motivación y seguridad se realiza con fines de participación social y de ampliación de círculos de proximidad interpersonal y confianza. Sin estos recursos, los planes de vida individuales o grupales son difícilmente realizables. Ello contribuye a la reconstrucción del vínculo con instituciones sociales y políticas en el mediano o largo plazo.

Durante mucho tiempo, la interpretación común ha considerado las estrategias individuales de acción como una oposición a la sociedad y un ataque a su unidad. Subyace a esta interpretación la idea de que la sociedad debería tener un ‘proyecto común’ para ser sociedad. Por el contrario, cuando la sociedad deviene compleja como la chilena, cada individualidad es a la vez sociedad y contribuye a su dinámica. Lo que sin embargo las instituciones sociales y políticas no pueden olvidar, es que el manejo de los riesgos y peligros en ese tipo de sociedades también corresponde a ellas y no solo a cada individuo por separado.

Para esto, el discurso político del ‘proyecto país’ no debe configurarse como unidad de propósito o como direccionamiento unitario hacia una finalidad común, sino como pluralidad normativa y coordinación de intereses diversos. El espacio político democrático es, entonces, un ámbito de manejo de disensos, un *modus vivendi* sin compulsión de consenso generalizado, sino de acuerdos pragmáticos para la construcción de instituciones sociales eficaces en relación con los problemas de inclusión actuales.

En ese marco de pluralismo, la creencia religiosa tiene rendimientos sociales relevantes. Es una fuente de motivación, de seguridad en perspectivas de futuro y un espacio de construcción de sociabilidad; no se circunscribe únicamente a la esfera privada, como invita a pensar el concepto de secularización. La creencia religiosa personal no mediatizada por las iglesias, el rito o el culto, es ciertamente individual, privada, pero se expresa en orientaciones hacia lo social, la ayuda a otros y la ampliación de círculos interpersonales que pueden contribuir a elevar los niveles de confianza de la sociedad.

Teniendo en consideración esos rendimientos, en Chile parece haber indicios de tránsito hacia lo que se puede denominar una *sociedad postsecular*. Esto es, una sociedad donde razones de base religiosa, también espirituales, se pueden admitir como legítimas en las discusiones de la esfera pública, pero donde ellas no adquieren una posición de superioridad moral por sobre razones o motivaciones se-

culares (políticas, científicas, económicas, entre otras). En una esfera pública postsecular, toda argumentación queda sujeta a la discusión democrática, al manejo de disensos y a las decisiones que de ello resultan. La mayor parte de la población parece conocer esta condición, como lo mostró la Figura 8. Este es un activo importante en caso de que los conflictos religiosos muy presentes en otras latitudes también se hagan presentes en Chile.

Bibliografía

Araujo, K. y Martuccelli, D. 2020. Problematizaciones del individualismo en América Latina. *Perfiles Latinoamericanos* 28(55), 1-25.

CEP 92 2024. Encuesta CEP 92, agosto-septiembre 2024. Centro de Estudios Públicos. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/encuesta/encuesta-cep-n-92/> [6 de octubre 2024].

Elias, N. 2001. *The Society of Individuals*. New York: Continuum.

Folke, C. 2016. Resilience. *Ecology and Society* 21(4), 44.

Komporozos-Athanasiou, A. 2022. *Speculative Communities: Living with Uncertainty in a Financialized World*. Chicago: University of Chicago Press.

Le Foulon, C., Mascareño, A. y Salvatierra, V. 2021. ¿Chile postsecular? La necesidad de una exploración comparada. *Puntos de Referencia* 579, Centro de Estudios Públicos. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/investigacion/chile-postsecular-la-necesidad-de-una-exploracion-comparada/> [6 de octubre 2024].

Luhmann, N. 2003. *Soziologie des Risikos*. Berlin: De Gruyter.

Luhmann, N. 2005. *El derecho de la sociedad*. México DF: Herder.

Luhmann, N. 2023. *La religión de la sociedad*. Madrid: Trotta.

Mascareño, A. 2011. Entre la diferenciación y los individuos: derechos fundamentales y las redes de la infamia. *Estudios Públicos* 124, 45-82.

Mascareño, A. 2024a. *Ética de la contingencia. Entre individuos y sistemas*. Santiago: Metales Pesados.

Mascareño, A. 2024b. Las consecuencias de las distinciones. El Informe PNUD 2024. *Puntos de Referencia* 707. Centro de Estudios Públicos. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/investigacion/las-consecuencias-de-las-distinciones-el-informe-pnud-2024/> [6 de octubre 2024].

Montes, L. 2024. *Adam Smith. El filósofo economista*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

PNUD 2024. *¿Por qué nos cuesta cambiar? Conducir los cambios para un desarrollo humano sostenible*. Informe sobre el desarrollo humano en Chile. Santiago: PNUD.

Rosa, H. 2016. *Resonanz*. Berlin: Suhrkamp.

Rozas, J., Chuaqui, A. y Mascareño, A. 2024. Del hampa al narco. El peligro inminente de la violencia en Chile. *Voces del CEP* 5. Centro de Estudios Públicos. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/investigacion/voces-del-cep-08-agosto-2024/> [23 de septiembre 2024].

Scheffer, M. 2009. *Critical Transitions in Nature and Society*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Simmel, H. 1971. *On Individuality and Social Forms*. Chicago: The University of Chicago Press.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS



Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Sebastián Izquierdo R.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.



VER EDICIONES ANTERIORES

